

“Viaje de un solo objeto” y muchos aportesH. Walter Cazenave¹

Antes de empezar estas modestas reflexiones, quiero hacer explícito mi agradecimiento a los organizadores de estas Jornadas por haberme invitado a participar en ellas. Para mí, como pampeano e historiador, es una alegría hacer una pequeña contribución al tema.

Tratando de buscar una motivación para esta charla, evocaba los lejanos y lindos días de la facultad y en ellos un concepto que venía de Benedetto Croce quien, si mal no recuerdo, adjudicaba a la historia una estrecha relación con la filosofía y, también, con la poesía, usada esta palabra en su sentido más profundo, “*poiesis*” crear.

Traigo esto a cuento porque me parece que este aniversario -doscientos años, nada menos-, trasciende largamente la conmemoración histórica para permitir internarse en otros rumbos, en otras interpretaciones de la letra y el espíritu de un hombre que, aunque vivió hace dos siglos, habla con claridad a nuestra inteligencia y nuestro sentimiento.

He tenido la oportunidad de rehacer el gran viaje de Cruz en un doble sentido: primero como lector de su Diario, dejándome llevar por el enorme, denso y a menudo sorprendente contenido de ese trabajo, que me abrió la mente a distintas consideraciones en muchos aspectos. Pero también pude realizar la ruta del viajero en casi todo su recorrido, al menos en lo que a Chile, Neuquén, La Pampa y este de Buenos Aires hace, sintiendo la inefable sensación de ver lo que vio y, en ocasiones, percibir emocionalmente lo que él percibió.

Para esta breve charla he preferido apelar a un enfoque general, conceptual en algunos aspectos, y de detalle en otros, dividiéndola según distintos puntos de vista que me atraen o me atraen.

Comenzaré por el hombre, y con el patriota, usada esta palabra en aquel sentido que le daban los romanos a la tierra de sus padres y que, también los cobijaba a ellos.

¹ Universidad Nacional de La Pampa, cátedra de Geomorfología. El trabajo presentado es parte de una serie de escritos sobre el mismo tema, que incluyen una realización personal del viaje. Email: centrodoc@cpenet.com.ar.

Cruz es patriota junto con el nacimiento de su patria de origen, y quizás de antes, porque leyendo sus escritos se desprende que, al margen de la obediencia a la Corona, en la acción propuesta está el beneficio de Chile, aquella “*fértil provincia señalada de la región antártica famosa*”, que mentara Ercilia.

Los caminos perdidos

Sería ocioso abundar en el momento histórico del viaje, por todos conocido, lo mismo que las causas estratégicas, -geopolíticas diríamos hoy- que lo motivaron. La corona española, temerosa de un posible bloqueo marítimo entre sus dos principales posesiones del sur por parte de la creciente Inglaterra apunta al descubrimiento de nuevos caminos que, a través de los pasos bajos de la cordillera libres de nieve la mayor parte del año, permitan una comunicación terrestre en caso de emergencia.

En realidad, lo que se pide es un redescubrimiento, seguramente con raíces cuasi legendarias en la existencia de aquellas ciudades españolas de la Araucanía, desaparecidas en las grandes insurrecciones y que comunicaban con este lado de la cordillera a través de caminos más o menos conocidos por los cristianos. De estos los principales depositarios habrían sido los jesuitas, infatigables portadores de la cruz y el conocimiento geográfico, que transitaban pampas y cordilleras en sus viajes anuales o bianuales. De esos trillos tremendos quedan testimonios reales junto a las montañas, que se van releendo a medida que entramos a los grandes llanos, trasformándose en mito y en referencias toponímicas o vagas menciones históricas; así las abandonadas minas de cobre del centro de La Pampa, la “ciudad de los árboles de Lihué Calel”, el “Jagüel del Cura” o la “Quinta de los Jesuitas” de la misma serranía, a lo que podría sumarse unas extrañas construcciones recientemente ubicadas en el desierto pampeano.

Esos caminos estaban latentes en la memoria popular y, seguramente, en el conocimiento científico de los religiosos. De hecho está esa constancia de un viaje similar, pero en sentido inverso, realizado dos años antes por don Justo Molina Vasconcelos.

El hombre público

Es ante esta circunstancia que este hombre, alcalde de una ciudad importante y cuidadoso del bien público, se compromete a hacer este viaje latente y, para más, a su costa.

Nótese esta última condición: a su costa, o sea que pudiendo disponer de los dineros públicos, que serían escasos pero existentes, opta por desembolsar de su peculio para concretar algo que beneficiará al común.

¿A cuánto ascendía esa costa? No lo sé, pero no debió ser un monto escaso el atender el traslado de una quincena de hombres, acompañantes, con animales de repuesto, bastimentos, armas y regalos para los paisanos a descubrir en el camino. Además, convengamos en que se necesitaba de un espíritu bien templado para emprender un viaje de más de mil km por una región desconocida, sin mapas, con amigos y enemigos potenciales y fiando casi todo al baqueano y a la brújula.

Ciertamente, como reconoce De Angelis en el prólogo que ha preservado la obra en su famosa colección, “*debía darse un carácter activo y un genio perseverante*”, el mismo carácter y genio que lo llevan unos pocos años después a participar en la gesta de la “Patria Vieja” y dar con sus huesos en la legendaria isla de Juan Fernández —aquella isla que todos los de nuestra generación frecuentamos en la adolescencia a través de “Robinson Crusoe”—de donde lo rescatara San Martín, si no me equivoco, para darle posteriormente el mando de la escuadra con la que invadió el Perú.

El espíritu de indagación

Acepto que el título elegido para esta charla suena un tanto extraño: “*Viaje de un solo objeto y muchos aportes*”. Reconozco que carece de elegancia pero me pareció atendible, ya que esa expresión figura en el pasaporte que le entrega el gobernador intendente de Concepción. “... *que es el único objeto de este viaje*” dice el texto del documento... Y sin embargo que cúmulo tan impresionante de información histórica, etnográfica, geológica, geomorfológica, botánica, hidrográfica... Con un cierto enfoque de deformación profesional sintetizaría diciendo “información geográfica” en el mejor y más amplio sentido de la palabra.

Información amplia, pero además confiable y, generalmente plena de veracidad y exacta para el nivel científico de la época. En tal sentido, me permito disentir con Andrés Carretero, quien en el prólogo a la edición de Plus Ultra le achaca ciertas inexactitudes, algunas de las cuales me parecen discutibles en función de la persona, el tiempo y los lugares. A mi modesto entender el poder de observación de Cruz a lo largo del recorrido es

sencillamente formidable, así como su tesón para volcarlo día a día en un Diario. También es cierto que se puede suponer que buena parte de esa información debía venir de don Justo Molina Vasconcelos, quien lo acompañó como baqueano, o de Tomás Quesada, actuando como geógrafo y agrimensor. Sin embargo se desprende del texto tal espíritu de indagación honesta, de aporte científico, de necesidad integradora de las cosas de la naturaleza y el hombre, del cuerpo y el espíritu, que no deja de admirar a quien lo lee.

Pero, más allá de las impresiones personales -que entiendo compartidas- creo que ya es hora de adentrarse en la charla. Y comenzaré por aquello que me toca más de cerca, que es la geografía física, remitiéndome al ámbito de mi provincia, La Pampa, por cuyo actual territorio Cruz transita aproximadamente entre las jornadas XVIII y XXXVII, que se corresponde al 15 de mayo y el 19 de junio de 1806 (hace exactamente 200 años). Tenemos precisión en la entrada pero no en la salida por persistencia de la toponimia.

Confirmaciones en el tiempo

Y comenzaré con una pequeña anécdota. Treinta y tantos años atrás la provincia de La Pampa, en uno más de los tantos esfuerzos que ha hecho en pro de recuperar las aguas del río Atuel, contrató la fotointerpretación del área de los ríos Atuel-Salado-Chadileuvú, notable trabajo que realizara el agrimensor Arturo Urbiztondo. Al examinar en esteroscopia el área correspondiente al sugestivo nombre de Punta de la Barda, advirtió un corrimiento de tierra, una remoción en masa -para hablar con propiedad científica- que debió ocurrir siglos atrás y que había interrumpido el curso del brazo más occidental del Atuel. Al señalar la singularidad en una rueda de profesionales de múltiples disciplinas, tuvo la sorpresa de saber, por boca de un historiador, que ya Cruz había señalado el mismo fenómeno ciento setenta años antes.

En efecto, en la jornada XXII sabe por boca de Puelmanc que aquella corriente, antaño llamado Ocopal, vio interrumpido su curso y debió tomar otro, agregando un elemento más a la compleja hidrografía de la región. Puedo asegurarles a ustedes que fue hermoso y aleccionador ver cómo las ciencias históricas y físicas confluían en la verdad con más de un siglo y medio de diferencia.

Y ya que de ríos hablamos digamos que esa región, aproximadamente entre los paralelos de 34° y 37°, fue uno de los grandes problemas del conocimiento geográfico

argentino casi hasta entrado el siglo XX. Se sabía desde temprano que los ríos que bajan de los Andes tenían un Desaguadero, pero nada se sabía de la traza aproximada de este, al que el desconocimiento llegaba a identificar con el Neuquén, entre otros.

Develando geografías legendarias

De la Cruz se lanza sin vacilar a esas tierras que hasta entonces entraban en lo que Ramiro Martínez Sierra ha denominado acertadamente como “*geografía legendaria*”, donde todavía latían con fuerza el mito de la Ciudad de los Césares o la Tierra de los Rabudos, donde los ríos eran la mayor de todas las incógnitas geográficas. Y lo más extraordinario es que en base a paciencia, preguntas y observación la devela, y lo hace en tal grado que la ciencia oficial del Virreinato rechaza esa información, de primera y valiosa mano, en parte porque venía comunicada por indios.

Esto último debió ser más motivo de admiración que de crítica, porque se sabe que las parcialidades autóctonas no eran demasiado afectas a dar información sobre las grandes extensiones entre las que habitaban, ya que la ignorancia geográfica y topográfica era un reaseguro en cuanto al malón cristiano.

Y sin embargo Cruz consigue tal grado de detalle en la hidrografía del centro de las pampas que, al margen del ya citado ejemplo sobre el Potrol, traza esquemáticamente un plano que coincide básicamente, y con dos siglos de diferencia, con la moderna cartografía IGM. Allí se advierten el colector Chadileuvú; el brazo principal del Atuel, tributario en el norte; el llamado Arroyo Butaló, que llegaba hasta las inmediaciones de Limen Mahuida, hoy Limay Mahuida, y el brazo más occidental del sistema, el citado Ocopal, que hoy llamamos Arroyo de la Barda.

Y más: el mayor misterio de esta hidrografía lo constituyó siempre la conexión de esas aguas que, se deducía con acierto, debían llegar al mar. Zeballos, en su *Viaje al país de los araucanos*, se adjudica el privilegio de haber descubierto la conexión al río Colorado a través del río Curacó. En realidad peca de arrogante, ya que la misma observación había sido hecha dos años antes por parte de una de las columnas de la llamada “batida preliminar”. Pero la sorpresa está en Cruz, a quien los indios le revelan el nivel de base intermedio de las lagunas de la zona de Puelches y el posterior escurrimiento a través del Curacó, incluido el manantial -pujío- oculto entre las piedras y que da nombre al río que

finalmente alcanza el Colorado en condiciones hidrológicas normales. La misma clave geográfica, pero develada setenta años antes.

El complejo Pampa-Araucanía

No puedo, ni quiero extenderme en la enorme cantidad de datos de interés, dignos de ser comentados. El Diario desgrana para quien sabe leerlo una inagotable fuente de información de todo tipo, tanto cuando cruza las desoladísimas tierras de Limay Mahuida como cuando atraviesa el bosque de caldén y se acerca a las feraces llanuras del este, por entonces todavía pobladas con jaguares.

Sin embargo es imposible soslayar la clara luz que arroja sobre el origen de la parcialidad ranquel, oriunda precisamente del Neuquén, y emigrada a tierras pampeanas por un conmovedor caso de amor filial. Esos detalles aportados por Cruz sirvieron para que, ciento noventa años más tarde, el malogrado Jorge Fernández Cambraia elaborara su lúcido esquema de los indios ranqueles, ubicándolo como una parte más de la superestructura étnica, económica y política que se desarrolló a lo largo de cuatro siglos sobre ambos lados de la cordillera, generando un complejo que los gobiernos, al menos los de este lado, nunca supieron comprender ni resolver y que los historiadores y etnógrafos recién están resolviendo.

La humanidad del viajero

Pero dentro de aquel hombre armado “*más de valor que de acero*”, como diría Góngora, y de comprensión y humanidad, agregamos nosotros, latía evidentemente un corazón noble y generoso. Al respecto basta leer lo que acaso sea el pasaje más emotivo de todo el Diario: el encuentro con la cautiva Petronila Pérez, junto al ojo de agua de Puelén. Buena parte de la condición humana aparece en ese diálogo en que el chileno le ofrece regresar a los suyos y la mujer se niega por amor a su marido indio y a los hijos que con él tiene. Edgar Morisoli, investigador y poeta, lo ha sintetizado maravillosamente en una canción con música de Alberto Leguizamón en la que dice:

Ay, Petronila Pérez,
Huala perdida,
De amor a tus amores

Fuiste cautiva

Estupenda síntesis para aquella, prototipo de la mujer de frontera, cuya asombrosa biografía fuera rastreada y expuesta por don Gregorio Alvarez.

La palabra poética

Pero hay otro aspecto del viajero que siempre me ha llamado la atención, y es su apelación a la palabra poética cuando la situación lo amerita. Quiero decir: en aquellos casos cuando el paisaje, la situación o ambos se hacen difíciles de expresar el viajero abandona la palabra objetiva, propia de su misión, y apela a la imagen o la metáfora trascendente.

Así, al pasar por Tilqui, dice *“se nos presentó al frente una hermosa llanura, con una laguna, cuya ribera albeaba (...) confieso no haber visto cosa más deliciosa, y que por aquel instante, olvidé la incomodidad que traía con las cabalgaduras, cuyas fuerzas se iban agotando”*. Uso del verbo.

Después, al llegar a los grandes bañados del Atuel y el Chadileuvú, describe los hermosos cisnes que pueblan la zona y dice que *“su pellejo es digno de codicia”*

Y en la jornada XXX es elocuente y breve en cuanto a la grandeza de Carripilún, uno de los grandes caciques de La Pampa, dueño del agua cuyos descendientes heredaron la sed. *“Carripilún –dice- es el sol de estas tierras”*. Literatura-Historia.

En la jornada XXXIV, cuando el capitán Maliquenú le ofrece un ternero para su consumo, le responde: *“Le contesté, dándole los agradecimientos, y que mejor tomaría un cordero que le sería de menos estimación; que a mí se me mandaba, no para presionarlos ni incomodarlos, sino para tratar con ellos de mi diligencia: que le mandaba el valor del cordero, y me mandase su gente para obsequiarla, que quería conocerla”*.

¡Cuánta prudencia y señorío hay en esa actitud y respuesta!

Cuando anda por las mismas zonas de Luan Lauquén, lo que hoy se conoce por El Guanaco, un rasgo sobresaliente es la presencia de cristianos -españoles los llama- aquerenciados entre los indios. Tienen hacienda y familia y parecen hallarse a gusto. Conversa con uno de ellos, Bautista Prieto, yerno del cacique Millanán, a quien trata de persuadir de que abandone *“la vida brutal que tenía”* y arguye *“la nulidad de su matrimonio y obligaciones como padre”*, según su manera de ver. Cruz resume el

sentimiento que embargaba aquel hombre para con esa vida en esta magnífica frase: “*Conocí estar enteramente su corazón radicado entre estos bárbaros*”. Una epopeya en cada uno.

Leguas más adelante, cuando abandona la zona de transición entre el bosque pampeano y comienza a caminar la gran llanura bonaerense, volverá a brillar la expresión poética para manifestar su admiración por esos enormes llanos, tan ajenos a su paisaje: “*Es como estar continuamente en el centro de un inmenso círculo*”, una definición que compartirá cualquier persona que se haya encontrado en medio de las pampas.

Presencia de la epopeya

En realidad, Cruz no descubre sino que releva el viejo trillo prehistórico que iba, con variantes, del Pacífico al Río de la Plata. Esa ruta tiene vigencia todavía y sigue usándose a nivel local, como vía entre los puestos en el desierto mendocino y pampeano, aunque las picadas construidas los últimos años lo han desplazado un tanto. Asimismo, gran parte del recorrido, sirvió en los primeros años del siglo pasado como traza para el llamado “Camino de los Zapadores”, que unía las por entonces capitales territorianas: General Acha y Chos Malal. Podría aceptarse que esa evidencia material, que más tarde o más temprano epilgará en una ruta transoceánica, es una forma de mantener vivo el espíritu del viajero.

Tengo para mí que, sin embargo, hay otras formas que traen a De la Cruz al presente, emanadas de su diario. Me consta que, en distintas provincias hay estudiosos que abrevan en él y, en La Pampa al menos, su epopeya ha inspirado cortos cinematográficos, cuentos, poemas y representaciones, como si el espíritu de aquel hombre planease todavía sobre nosotros. Y quizás así sea.

Países como los nuestros no han sabido mirar hacia su historia del conocimiento geográfico como una forma de afirmación, propia y ante el mundo. Al respecto las epopeyas chilena y argentina son magníficas, inigualables en muchos casos. ¿No sería hora de darlas a nuestro propio pueblo bajo las formas de los medios de comunicación masiva, de soslayar la cultura de aventuras extranjerizante y nutrirnos en nuestro pasado?

Creo que nuestra identidad lo reclama.

Bibliografía

- ALVAREZ, Gregorio (1972) *Neuquén*. Neuquén, Edición oficial, Tomo I.
- CARRETERO, Andrés (1969) "Prólogo" al *Viaje a su costa del alcalde provincial del muy ilustre cabildo de la Concepción de Chile, don Luis de la Cruz*. Buenos Aires, Plus Ultra, T. II.
- DE ANGELIS, Pedro (1969) *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de La Plata*. Buenos Aires, Plus Ultra.
- DE LA CRUZ, Luis (1969) *Viaje a su costa del alcalde provincial del muy ilustre cabildo de la Concepción de Chile, don Luis de la Cruz*. Buenos Aires. Plus Ultra. T. II
- ERCILIA Alonso de (1970) *La Araucana*. Santiago de Chile, Zigzag.
- FERNANDEZ, Jorge (1998) *Historia de los Indios Ranqueles. Orígenes, elevación y caída del cacicazgo ranquelino en la pampa central (siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
- GÓNGORA, Luis de (1986) *Poesías*. Buenos Aires, Losada.
- MARTÍNEZ SIERRA, Ramiro (1975) *El Mapa de las Pampas*. Buenos Aires, Tomo I.
- MOLINA, Juan Ignacio (1901) [1787]. "Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile", en: *Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional*. Tomo XXVI, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana.
- ZEBALLOS, Estanislao (1994) *Viaje al país de los araucanos*. Buenos Aires, Solar.